DÍAS DE SOL

Pronto el sol reinó solo y triunfador desde el alto y diáfano cielo. Endurecióse la tierra de los campos, cubriéndose su amplia superficie de compactos terrones y tormos grisientos. Los panes, espigados y frondosos, se extendían por la vega, irguiendo las barbudas cabezas para beber la luz y con su calor cuajar la leche de los tiernísimos granos. Agostábase, paulatinamente, el fresco verdor primero, sustituyéndole, poco á poco, los reflejos del oro. La granazón, tardía pero perfecta, doblaba los secos tallos con el peso de las opulentas espigas. Y cuando el cierzo las mecía, sonaban ya como el trigo que se echa al granero.

La tierra ardía, abrasada por un calor de horno. La claridad era tan ardiente, que velaba con un tenue vaho de plata el nítido azul del firmamento. Refugiábanse los pájaros en las arboledas y matorrales, buscando frescura; la amapola, sedienta, inclinaba hacia el suelo la roja gorguera deslucida. El silencio habría sido absoluto si las cigarras, alegres hijas del sol, dispersas por los desiertos sembrados, dóciles al ritmo de su corazón de poeta, no hubiesen hecho sonar de continuo sus estridentes panderos. A la vez que la tarde caía, aumentaban los rumores: esquila de rebaños, gorjeos de la enramada, cantos de codorniz. Y más tarde, las voces de los amantes de la noche: el chirrido de los grillos, la nota gimiente del buho, el cuarreo de las ranas, la serenata melancólica del sapo á la luna, sobre las piedras de la ceínaga entonada con flauta de cristal.

Jogepa Antoni, después de llenar dos ó tres herradas y echar el pienso á los bueyes y renovarles la cama con helecho fresco, solía sentarse sobre una piedra bajo la copa de los nogales. Vagaban sus ojos por la ondulación de los trigos y escuchaba la misteriosa y elocuente

sinfonía nocturna. La naturaleza cantaba el amor, la renovación contraponía la serenidad de los astros y de las montañas á los sentimientos efímeros de los hombres. El aire tibio parecía un hálito de los nidos, un hervoreo de las semillas. Desde los pardos surcos, los coros de insectos repetían la sempiterna consigna: «perezca el indivíduo, dure la especie»; y se distinguía y palpaba la vida doquiera, desde las clamorosas orillas del río, hasta las ramas del árbol doradas por las estrellas.

Era cual una universal seducción á la que Josepa Antoni, poco á poco se rendía. La impresión horrenda y la pena amarga por la desastrosa muerte de Mario, se iban apagando y desvaneciendo, reduciéndose á dulce recuerdo, cada vez mas borroso. La sangre rica y joven coloreaba con carmines de aurora los horizontes de la vida. Pedía acción, actividad, movimiento, á voz llena; y con palabra trémula, apenas perceptible, correspondencia de afectos. Una segunda primavera del alma, quebraba hielos y abría capullos. Secas las lágrimas y cicatrizada la herida, volvía á ser la hija de los campos, la hermosa flor silvestre, como antes de que la pusiese mustia y lacia la pálida luna de los ensueños románticos, Así es que, cierta mañana, cuando llegó la suspirada sazón de los trigos, metióse la muchacha mies adentro y hoz en mano, entonando canción más alegre que el trino de las alondras, levantadas del terruño por su presencia.

Cuadrillas de segadoras interrumpían el incesante cantar de las cigarras. Envueltas las cabezas por un paño blanco, que no dejaba al descubierto sino la frente, nariz y ojos, en mangas de camisa y con justillo ó corsé y enaguas cortas, por el traje blanco y la piel morena parecían árabes. Baja la cabeza, doblada la cintura, recibía su cara el hálito abrasador de la tierra, más aún que el del aire, sofocante. Sus espaldas se recocían al sol, cual si las cubriese una plancha de acero candente desde la nuca á los riñones. Manchas de sudor, especialmente á lo largo de la columna vertebral y en los sobacos, jaspeaban la blancura del lienzo. El trigo iba cayendo; por las heredades serpenteaban las hoces de plata entre los tallos de oro. De tanto en tanto, al amontonar los manojos de un haz, interrumpían las segadoras por breves instantes la faena, y sedientas como el caminante del desierto, vaciaban ávidamente medio cántaro, entornando por el placer los ojos bajo los resplandores del cielo. Y allá, á la tardecica, cuando Aralar y Urbasa unían sus aterciopeladas sombras con el broche diamantino del río, y el lucero

enviaba sus primeros fulgores entre frescas bocanadas de cierzo, sobre el pandero de las cigarras, el crótalo de los grillos, el cuarreo de las ranas, el gemido del buho y la faluta cristalina del sapo, sobre todos los rumores, susurros y voces de la noche misteriosa y elocuente, resonaba el coro de las segadoras, celebrando la alegría de sus pechos con melancólicas canciones euskaras, que parecían aumentar la serena majestad del crepúsculo.

ARTURO CAMPIÓN.

OTOÑO

Ya el sol aquel de Oriente tan dorado
Sólo produce pálido destello,
Ya aquel mar de zafir, tan grande y bello
Seno es por temporales ocupado.
Mustio el campo se encuentra despoblado
Y marca la estación con triste sello
La muerte melancólica de aquello,
Que fragante eo el verano se ha mostrado.
Allé por el espacio en confuesiones
Se ve que vagan pétalos de rosas
Arrastrados por fieros aquilones.
Y sucumben las blancas mariposas
Y mueren las marchitas ilusiones
Con mayor pena cuanto más hermosas.

MANUEL MUNOA.